



LA VUELTA AL COLE	7
DON ELAVELINO	25
LA PLUMA MÁGICA	38
EN CLASE DE GIMNASIA	61
LA FUNCIÓN CLOROFÍLICA	79
EL COLÁS	92
EL DOMUN	108
EL MURAL	120
LA MALDITA FOTO	146
EN LA PELUQUERÍA	159
LA COLUMNA DE HORMIGÓN	175
LAS MISAS SON SAGRADAS	189
LA TORMENTAZA	206
LA PELOTA DE PLATA	220
SE ACERCA LA NAVIDAD	237
YA VIENE LA VIEJA	256
LA FELICIDAD. EPÍLOGO	274

Para educar hay que amar

LA VUELTA AL COLE.

Mil novecientos y muchos.

Mi abuela dice que soy alto, mis tías dicen que soy bajo, y mi madre... Bueno, mi madre dice que no importa.

Me como las uñas, y en una ceja tengo una cicatriz de una vez que me di un golpe contra una puerta. Puedo sacar la barriga y parecer gordísimo o puedo meterla y parecer flaquísimo. Puedo tocarme la punta de la nariz con la lengua y mover las aletas. Mi hermano no. También sé mover las orejas, sobre todo la derecha. El peluquero dice que en la coronilla tengo un remolino. Mi padre dice que el remolino lo tengo, pero dentro de la cabeza. Mi abuela dice que tengo los ojos claros, mis tías que los tengo marrones y mi madre... mi madre dice que no importa el color de los ojos... Odio las katiuskas, odio que se me rompa la punta del lápiz y que se quede dentro del sacapuntas y odio que al pelar una naranja con las manos el líquido me salpique los ojos.

Voy camino del colegio.

Es miércoles, dieciséis de septiembre.

No volvía al cole desde el año pasado, o sea, desde junio, o sea, desde antes del verano, o sea, desde hace muchísimo, muchísimo tiempo. Un millón de años como decía el exagerado de mi hermano. Caminaba muy despacito. Iba delante, mi hermano detrás, claro. Hacía un calor horroroso.

Desde hacía dos años íbamos solos al cole. Bueno, solos no. El único que iba solo era yo. Mi hermano no iba solo, que lo llevaba yo. Antes nos llevaba a los dos mi madre y siempre íbamos a carreras. De repente, un día mi padre dijo que ya era mayorcito (yo, no mi padre) que tuviera cuidado con los coches, con los semáforos, con mi hermano, que no hablara con nadie y que ya podía ir solo al cole.

Hasta hoy.

Además de ir cumpliendo a rajatabla las instrucciones que me había dado mi padre, o sea, tener cuidado con los coches, con los semáforos, con mi hermano y no hablar con nadie, no dejaba de pensar que a quién se le habría podido ocurrir la brillante idea de hacernos volver a clase un miércoles; ¡un miércoles! Es que había que tener mala idea; podían haber esperado hasta el lunes

siguiente. Pues no, ¡hala!, al cole. Un miércoles.

En mitad de la semana.

Sin orden ni concierto, como decía mi abuela.

A lo loco, como decía mi hermano.

También iba pensando que se había acabado el veraneo, que ya no habría más piscina, ni más playa, ni más helados, ni más bicicleta, ni más Mirinda con pajita, ni más nada de nada... hasta, hasta... ¿El año que viene? ¿Cuánto era eso? ¿Una vida? ¿Dos? La verdad es que no podía calcular. Tendrían que pasar un montón de evaluaciones, y de exámenes, y de murales, y de sábados, y de domingos, y de lunes, y las Navidades, y la Semana Santa. Tendría que aprenderme como siempre millones de montañas, y de cordilleras, y de ríos, y de capitales, y de plantas, y de yo qué sé qué otras cosas. Y encima todo sería muchísimo más difícil que lo del año pasado.

Imagino que mi hermano pensaba lo mismo, pero lo que pensase tu hermano, que a pesar de ser año y medio menor, por razones de calendario iba dos cursos por detrás, daba absolutamente igual. Tener un hermano más pequeño era como tener una cartera, algo que tenías que arrastrar cuatro veces al día: dos de casa al colegio y dos del colegio a casa. Y punto. Ahí se acababan las obligaciones laborales como hermano mayor. Tú no lo

habías elegido, él te había elegido a ti, que por algo había llegado después.

Trataba de consolarme haciendo lo que hacía siempre que estaba triste o estaba aburrido: pensaba...

... Pensaba... no sé... pues... "cosas":

... Bueno, hoy no se hace nada, solo quedan dos días para el finde, a lo mejor el colegio está cerrado, faltan tres meses menos para el próximo verano, solo quedan doce misas hasta Navidad... Sí, doce misas, una a la semana, cuatro al mes, doce a los tres meses... y así...

... A lo mejor el cole se había carbonizado, o volatilizado como decía el portero de mi casa... o se había roto una cañería gigante y se había inundado todo...

La verdad es que a pesar de ir pensando en todas esas cosas, la tristeza no se me iba ni a la de tres. Estaba tan triste que no me habría costado nada, pero que nada de nada, echarme a llorar y eso que llorar en mi cole estaba totalmente prohibido. Iba restregando la punta de los dedos por las paredes y miraba fijamente las baldosas del suelo. Llevaba suelto uno de los cordones de mis zapatillas "Adalid's". Mi madre decía que de lejos parecía que ponía Adidas, y que nadie se fija en esas cosas, y que no sé qué de las marcas, y que si crecía, y que si los niños pobres y... y... y... ¡Ja! Yo solo sabía que Fuentes, uno de

mi clase, llevaba unas Adidas, de las de verdad, azules, con rayas naranjas...

Una calle menos.

...A lo mejor el cole estaba cerrado y no había nadie, o mi madre se había equivocado y empezábamos mañana, o la semana que viene...

Otra calle menos.

Odiaba todo.

Odiaba los anuncios del Corte Inglés y de Galerías Preciados con la maldita vuelta al cole que ya empezaban a echar por la tele en el mes de agosto. Me prometía que cuando fuese mayor no les compraría nada.

Odiaba el maldito Telediario que abría con la noticia de que miles, millones de niños empezaban el "cole".

Odiaba cuando me decían cosas como:

"Bueno, alégrate porque vas a volver a ver a tus profesores".

¿Y quién quería verlos?

"Y a tus amiguitos".

Sí, amiguitos. En el cole no se tienen amiguitos, señora. Siempre es una señora la que te dice estas cosas. Siempre. Además, ¿amiguitos? Unos tipos que nos llamábamos por el apellido: Rodríguez, Gutiérrez, Zarrías, Costa, Quintás,

López, Volardo, Fuentes, Portillo, Viñas... En la guerra no hay amigos, a lo más compañeros, o camaradas. Por favor, eso lo sabía hasta mi hermana pequeña que tenía solo tres años.

De repente, y a pesar de lo despacito que iba y de los cordones de las malditas Adalid's:

¡Patapaf!

Gigantesco, gris, enorme...

...Apareció mi colegio...

Abierto.

Entero.

Sin carbonizar.

Sin volatilizarse.

Sin agua.

Mi madre había leído bien.

Empezábamos hoy.

Era el primer día.

Sin la más mínima duda.



Aquello, más que un colegio, parecía un campamento de la Cruz Roja. Niños pequeños que no paraban de llorar y niños mayores, profesores, mamás (en mi cole no había amas de casa, había mamás), que no paraban de consolarlos cuando en el fondo deseaban hacer lo mismo: llorar.

Los olores se confundían: colonia, sudor, pis... y por encima de todo, el olor inconfundible a mandarina, símbolo inequívoco de que nos encontrábamos a la puerta de un colegio. Español, claro.

Allí, apiñados, encogidos, aplastados, estábamos todos; los restos de las vacaciones, los verdaderos protagonistas de la vuelta al cole, de los anuncios y de las noticias del telediario.

La acera estaba llenísima, casi no se podía avanzar. Todo el mundo iba despacísimo. Nadie quería entrar.

Los que más gritaban eran los más pequeñitos. Se perseguían y tropezaban muertos de risa. Yo creo que los pobres todavía no sabían que se habían acabado para siempre las vacaciones. Bueno, algunos si sabían que se habían acabado, y mejor que yo. Sobre todo uno que estaba llorando agarrado a una farola con tanta fuerza que no había manera de despegarlo. Mi hermano, que venía detrás de mí, dijo que la mejor solución para que

se soltase, sería encender las farolas para que le diese un calambre gordísimo. También añadió algo sobre la silla eléctrica y los asesinos. Mi hermano tenía estas cosas.

Lo miré; miré a la madre del niño que no sabía si regañar a mi hermano o darle las gracias, porque la



verdad es que el niño se había soltado inmediatamente, y suspiré. Puse cara de que mi hermano era así (aunque me había hecho gracia lo de la electricidad) y como pude, me abrí paso entre aquel barullo.

Crucé la puerta que separaba los dos mundos, o sea, la puerta del cole y atravesé como pude el “jol”, siempre con mi hermano, detrás, claro. Se decía “jol” aunque en la puerta ponía “Hall”. Ni idea.

De repente, y justo cuando había puesto el pie en el primer peldaño de la escalera que conducía al patio: PATAPLAF, alguien me dio en el cuello, y totalmente a traición, una colleja tremebunda.

Si toda colleja tiene una causa, ésta no podía ser menos. En este caso la causa de la colleja era Gutiérrez

Quesada. Gutiérrez estaba conmigo desde el principio, en mi misma clase, la D, la de color azul, la que siempre perdía al fútbol. Siempre estaba comiendo lo que fuera. Aunque Gutiérrez siempre llevaba un jersey marrón lleno de migas, una camisa a cuadros, unos pantalones de pana con rodilleras azules y un cinturón de color marrón con una hebilla gigante, como todavía era verano, no llevaba ni el jersey marrón lleno de migas, ni tampoco los pantalones largos de pana. Llevaba unos pantalones cortos, sin cinturón marrón y, claro, sin rodilleras azules. La camisa sí, la camisa era la de siempre.

Las migas también.

Tampoco llevaba unas Adidas.

Gutiérrez estaba feliz por haberme dado una colleja. Encima a traición. No pude protestar, porque en el cole había que estar atentísimo, y si alguien te pillaba desprevenido y te daba una colleja a traición, se consideraba que había sido culpa tuya y te tenías que aguantar totalmente. Bueno, yo creo que no solo estaba contento por la colleja a traición que me acababa de dar, sino también porque tenía en una mano un bocadillo de jamón serrano gigantesco.

Miré el bocadillo disimuladamente y miré a Gutiérrez sin disimular. Me pasé la mano por el cuello.

—¿Qué pasa? —me dijo dándole un mordisco al bocadillo.

—Nada —le contesté.

Me metí las manos en los bolsillos porque de tanto restregarlas por la calle tenía las puntas de los dedos totalmente negras y me dio un poco de vergüenza.

Me seguía escociendo el cuello.

Pasaron dos madres con dos niños en brazos de esos que sí sabían que se había acabado el veraneo, o sea, berreando. Me dieron ganas de hacer lo mismo que ellos, pero me aguanté. Imagino que a Gutiérrez también, pero menos, porque un bocadillazo de jamón como el que tenía debía ayudar muchísimo. Además, a él nadie le había dado una colleja a traición.

—¿Qué tal el verano? —le pregunté.

—¡Psche! —me respondió.

Le volvió a dar otro mordisco gigante al bocadillo.

Cuando acabó de tragar se acercó a mí y me dijo algo muy, muy bajito, como si fuera un secreto gordísimo.

Entre los gritos de los niños que llevaban las madres en brazos, los gritos de estas, las migas que tenía Gutiérrez en la boca y lo bajito que hablaba, lo que le entendí fue:

—Creo que... el Avelino... Me lo ha... Quintás.

—¿Quééééééé?- le grité en la oreja.

—Que creo que nos ha vuelto a tocar el Avelino —me dijo mucho más alto y escupiendo migas en todas direcciones.

Toma ya, me lo dijo igual que me había dado la colleja: de golpe y totalmente a traición.

—¿Don Avelino? —murmuré con cara de asombro—. Pero si ese ya fue nuestro profe hace dos años. No puede ser.

Como un rayo pasaron por mi cabeza diferentes imágenes de don Avelino: don Avelino con un boli rojo gigantesco apuntando cosas en la lista de clase, don Avelino haciendo un examen sorpresa, don Avelino leyendo las notas, don Avelino sacándonos a la pizarra, don Avelino... Madre mía...

Bueno, la verdad es que aunque delante de Gutiérrez no tuve más remedio que llevarme las manos a la cabeza y poner una cara de angustia horrorosa como si aquello fuera el fin del mundo, la verdad es que... que... que... tengo que reconocer que... que sí... que... que... don Avelino tenía algunas cosas buenas... y bueno... pues... que... eso... que... pues que a mí no me caía demasiado mal... pero claro, como era un profe y yo un alumno y como estábamos en el cole, pues... eso... pues que en el

cole estaba totalmente prohibido que un profe te cayera bien y muchísimo menos reconocerlo en voz alta.

Igual que llorar.

Por eso contraataqué:

– Venga ya. Eso no te lo crees ni tú. Los profesores no pueden repetir, solo los alumnos.

– Te lo juro porque me muera – me contestó Gutiérrez con esa naturalidad con la que los españoles nos jugamos desde pequeños la vida, y añadió:

– Me lo ha dicho Quintás.

Me miró, tragó, sonrió y le dio otro mordisco tremendo al bocadillo.

– Venga ya, y a Quintás quién se lo ha dicho – volví a contraatacar.

La respuesta me dejó helado:

– “Dodíguez”.

La verdad es que Gutiérrez lo que realmente quería decir era Rodríguez, pero no se puede decir la “r” y comerte un trozazo de bocadillo de jamón al mismo tiempo.

– ¿Ro-drí-guez? – contesté muy despacito con la esperanza de que no le hubiera entendido bien debido a tanta miga.

– Sí – dijo, y sacudió muy fuerte la cabeza.

Y los dos supimos que había ganado.

Y lo sabíamos porque lo había dicho Rodríguez. Si lo había dicho Rodríguez es que era verdad. ¡Buf! Lo había dicho Rodríguez. Rodríguez era el delegado. Desde primero. También sería el delegado este curso. Siempre votábamos, pero ya sabemos que a nosotros los españoles eso de cambiar de ideas políticas y votar a otro nos parece una ordinariez, una falta de respeto, algo de mala educación. Además, todos aceptábamos que Rodríguez había nacido para ser delegado. Hasta tenía pinta de delegado. Siempre estaba pálido y nunca tenía migas y su madre le peinaba con la raya a un lado y llevaba un pantalón gris y una chaqueta de lana azul y siempre tenía las manos limpias y frías y unos dedos enormes; según él de pianista, según Costa de hipnotizador. Tampoco llevaba unas Adidas.

Pero si Rodríguez afirmaba algo, en serio, lo que fuera, es que ese algo era verdad. Por ejemplo, en matemáticas. A mí los resultados en los exámenes siempre me daban algo así como 345,25633333. ¡Jope!, pues repasabas todas las operaciones cincuenta veces; las cincuenta te daba el mismo resultado de 345,25633333; lo subrayabas (en rojo, que si no, no valía); entregabas el examen; salías por la puerta; preguntabas (en buena

hora) a Rodríguez que qué le había dado, y resulta que a Rodríguez le daba 5. Sí, 5, ni más, ni menos. Una porquería de número. Abrías muchísimo los ojos, decías: ¿Quééééééééé? y en ese preciso momento, Peláez, el más empollón de la clase, que era además el subdelegado y que lo había visto todo y que lo había oído todo (característica que debía tener todo buen subdelegado) añadía: “Sí, sí, a mí también, a mí también”. Descompuesto, acertabas a decir: “Sí..., sí..., y a mí..., y a mí... A mí, sí, sí...”, muy quedo, muy bajito, consciente de tu mentira. Y te alejabas pensando: “soy tonto..., sí, sí y a mí..., soy tonto, soy tonto..., y a mí... sí... y a mí..., cinco, claro..., cinco...”.



Bueno, pues allí estaba yo en el “jol” de mi colegio, espachurrado y asimilando la idea de tener un año más a don Avelino como profe. Gutiérrez estaba feliz, claro, porque otra característica de los españoles es la felicidad

increíble que nos proporciona el ser los primeros en algo, y si ese algo es una mala noticia, entonces ya es la bomba, la caraba, el despiporre, la cachimba... Eso, que nos pirramos por ser los primeros en dar malas noticias.

...Don Avelino...

De repente, apareció el hermano Amadeo dando palmadas y diciendo:

– A ver, que todos los alumnos vayan pasando al patio.

El hermano Amadeo era el encargado del botiquín. Y como el botiquín estaba al lado del patio, el hermano Amadeo, para ahorrar, también era el encargado del patio. El hermano Amadeo siempre llevaba una crucecita de plata pegada en la solapa, un rosario en una mano y solo tenía pelo en la parte de atrás de la cabeza. Siempre andaba resoplando y diciendo: “Ya verán, ya, lo que es el llanto y el dolor de muelas, ya, ya”. Ni idea.

Gutiérrez, mi hermano y todos los demás que estábamos en el “jol” le hicimos caso y empezamos a subir sin ganas las escaleras. Como Gutiérrez me había dado una colleja a traición y una noticia tan gorda, pues claro, Gutiérrez tenía todo el derecho de ir delante. Yo mansamente detrás de él. Mi hermano detrás de mí, claro.

Entramos en el patio.

...Don Avelino...

Suspiré.

Miré para arriba porque mi hermano se puso a hacer como si desde las esquinas nos disparasen con una ametralladora (bueno, mi hermano decía metralleta) y a gritar que aquello estaba lleno de nidos y de malditos japoneses. Eso de los nidos, las metralletas y los japoneses lo había sacado de una película de guerra que habíamos visto durante las vacaciones, en un cine... por la noche... al aire libre... en verano... Y me volví a acordar de la playa, de la bici, de los helados y del libro de tareas de vacaciones que estaba nuevecito, bueno, salvo la primera página que había rellenado muy despacito y con muy buena letra el mismo día que nos los dieron... en...

...En junio.

Y me entraron unas ganas de llorar horrorosas.

...Don Avelino...

Y me aguanté.

Y suspiré.

Y mi hermano desapareció hacia donde estaban los de su clase, dando unos saltos tremendos y gritando: "A por ellos, a por ellos, a por ellos"...

El patio no había cambiado nada, pero que nada de nada: las mismas baldosas, las mismas puertas,

las mismas ventanas con rejas (por los balonazos, nos decían, ¡ja!), las mismas porterías de balonmano, las mismas canastas de baloncesto, los mismos servicios, las mismas fuentes. La verdad es que el cole estaba exactamente igual que la última vez que lo vi... en... en...

En... junio.

Y me volvieron a entrar ganas de llorar.

También horrosas.

Y me volví a aguantar.

Y volví a suspirar.

—Hala, vamos — dijo Gutiérrez.

Yo le seguí mansamente, deseando encontrar a alguien que estuviera totalmente despistado y que no tuviera ni idea de la hecatombe que se nos avecinaba y que estuviera totalmente desprevenido.

Levanté la vista y entre el barullo que había en el patio lo descubrí.

Estaba al fondo, totalmente despistado, al lado de las fuentes, de espaldas, con sus gafas gigantes, mirando hacia las ventanas de las clases, totalmente desprevenido.

Zarrías Noriega.

El último de la lista.

...Don Avelino...

Se me quitaron un poco las ganas de llorar.

Le dije adiós a Gutiérrez con la misma alegría con la que él me había dicho hola, y suspiré, y eché a correr todo lo rápido que pude hacia Zarrías.

Y mientras corría, repetía mentalmente: –Señor, que no lo sepa, Señor, que no lo sepa.

¡Jope!, mi noticia era mucho más segura que la de Gutiérrez. Al fin y al cabo a Gutiérrez solo se lo habían confirmado dos personas: Quintás y Rodríguez.

A mí tres.

